

cion: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros!* No lo dudemos; la sola Religion católica es la que muestra su divinidad por su perpétua permanencia.

Pero, cristianos, ¿estamos seguros de que no perderemos esta Religion divina, santa y perpétua? ¿podrá suceder, que se nos quite este reino de Dios, y se traspase á otras naciones? ¡Oh, Dios! yo sé que el infierno no prevalecerá contra ella, pero puede prevalecer contra nosotros. La Religion no perecerá, porque el Señor Dios la ha prometido una estabilidad perpétua; pero puede perecer en nosotros en castigo de nuestras infidelidades. Sí, cristianos: temblemos nosotros, y pidamos á Dios que ilumine á los incrédulos, para que crean al Señor, cuando nos dice: *Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Pero, ¿por qué causas se viene á perder la Religion? Escuchadlas, y temblemos, vuelvo á decir tercera vez. El desórden de las costumbres y el libertinaje en el pensar hacen perder la santa Religion. De la corrupción del corazon se levantan las nubes que ofuscan el espíritu; y miéntras el corazon no se vicie, permanece el espíritu religioso. Tambien se pierde por la lectura de los libros impíos y libertinos. Al principio se leen por curiosidad y por pasatiempo, y la ponzoña, diestramente preparada, va comunicándose á la sombra de la ignorancia y la pasion del que la toma: el escritor astuto enreda con principios capciosos el entendimiento de sus lectores, oscurecido con los vicios; no le permite discernir la mentira y la verdad, porque todo se le presenta envuelto con el velo de la ilusion; y ya desde entónces caminan las pasiones de acuerdo con el espíritu, y siguen el error y la impiedad, que las conviene establecer. ¿Porqué más medios se pierde esta luz divina? Por la omision de los ejercicios santos, que la misma religion prescribe. Se empieza por abandonar las obligaciones de la Religion, y se acaba perdiendo la Religion misma. Ved cómo se pierde, ved cómo la han perdido muchos, que han vivido en nuestros dias, y ved cómo la podemos perder tambien nosotros.

¡No lo permitais, gran Dios! Haced, que esta Religion santa, que heredamos felizmente de nuestros padres, la conservemos y trasmitamos pura á nuestros sucesores. Ellos padecieron por sostenerla tribulaciones y combates terribilísimos. Nuestra España está abundantemente regada con la sangre de innumerables Mártires, que ahora os bendicen y alaban eternamente en el cielo. Trasmited de padres á hijos esta preciosa herencia, sin que jamás se interrumpa. Castigad nuestros pecados con todos los azotes, que vuestra soberana justicia dispusiere; pero no dejéis de iluminar los ojos de nuestra alma

con la santa luz de la fe, para que no duerman abismados en la incredulidad: conociendo con ella nuestras culpas, las detestaremos, las lloraremos, y vos, Padre de las misericordias, nos perdonareis. Conceded tambien esta gracia á los que viven de asiento, por ignorancia ó malicia, en las tinieblas del pecado, para que ellos y nosotros cantemos eternamente vuestras misericordias en el cielo. Amen.

CATOLICISMO.

(SUS BENEFICIOS RESPECTO DE LOS INDIVIDUOS.)

II.

Beati sumus, quia quae Deo placent, manifesta sunt nobis.

Dichosos somos, porque sabemos las cosas que son del agrado de Dios.

(*Baruch. iv, 4.*)

La Iglesia católica posee exclusivamente los medios propios para asegurar la práctica de los principios religiosos, y atraer á los que se han separado de ella. Madre tierna y celosa, sostiene y anima al fiel; madre compasiva y solícita, llama, amonesta, recibe, y reviste de una fuerza sobrenatural al que sacude por más ó menos tiempo, el dulce yugo de la ley. Y sino, decidme; ¿qué se propone en su ministerio? ¿cuál es el fin, el único fin de todos sus actos, en medio de vosotros? Nuestra perfeccion y nuestra felicidad. Esto es, lo que vamos á demostrar. A. M.

1. Tan luego como el niño acaba de nacer, la Iglesia lo toma, y le administra el bautismo. Habia perdido la justicia original por con-

secuencia de la prevaricacion de nuestro primer padre; estaba despojado de su divina herencia; pero desde el momento que recibe el primero de nuestros sacramentos, queda restablecido en toda la plenitud de su derecho: más; ¿bajo qué condiciones? veámoslas. En su nombre se han contraído obligaciones, que durarán perpétuamente; y esté niño regenerado, hijo de Dios y de la Iglesia, tiene que pagar á Dios su deuda, á la vez, que á todos los miembros de la sociedad cristiana, á que pertenece.

Crece el niño bajo la vigilancia maternal, desarróllase su inteligencia, ábrese su corazon á las pasiones. ¿Quién dirigirá sus primeros pasos en la vida? Quién llevará la antorcha para alumbrar su marcha incierta en medio de las tinieblas, que levantan la ignorancia, las preocupaciones y pasiones? La Iglesia, ó el sacerdote su delegado, que, envejecido en la contemplacion y estudio de la ley, esperará en su templo á este niño, cuya paternidad espiritual le ha conferido la Providencia: balbuceará con él durante muchos años los elementos de la ciencia cristiana, grabará á fuerza de perseverantes cuidados en su alma tierna, las verdades santas de la fe, y le habituará insensiblemente á cumplir con gusto su deber.

¿Qué hace todavía la Iglesia en el dia consagrado por la ley de Dios, sancionado por la tradicion de todos los pueblos, dia de descanso, casi tan necesario al hombre como al animal, que sirve su industria? Os convoca al santo templo... ruega por vosotros; ofrece el sacrificio de un Dios, que se inmola por la salvacion del mundo, por vosotros, por vuestro bien espiritual y temporal. ¿Qué pide además por estas oraciones y sacrificios? Que venga el reino de Dios sobre la tierra; es decir, que la verdad, la justicia y el amor penetren las inteligencias, y abrasen los corazones.

¿Qué hace el sacerdote en la cátedra católica? Os recuerda la ley, os explica sus obligaciones, os anuncia la sancion con que le ha sido dada; las penas y recompensas eternas. Estimula á la práctica de vuestros deberes, al recuerdo de vuestros padres en la fe, que fueron servidores de Dios y bienhechores de la humanidad, que, hoy, ciudadanos de los cielos, vivieron sobre la tierra, sujetos á las mismas condiciones que vosotros; y que la misma corona de gloria os está reservada. ¡Ah! no habeis experimentado la necesidad de exclamar más de una vez con S. Agustín: ¿No he de poder yo, Señor, lo que éstos y aquéllas han podido hacer? *Non potero quod isti et istæ?*

Sin embargo, la ilusion es fácil, y móvil la voluntad del hombre; las impresiones se suceden en su corazon, como las olas suceden á las olas: ¿qué hace entónces la Iglesia para alentar y sostener al neó-

fito? Le enseña la oracion, haciendo de ella una obligacion personal y cotidiana; y el hombre, este sér débil, bajo el punto de vista moral, cuando se halla abandonado á sí mismo, rogará á Dios como un niño ruega á su padre, con toda confianza. Y su oracion ¿no es llevada sobre las alas de los ángeles, no se eleva en union con la oracion de los santos esparcidos en el mundo, en union con la sangre de Jesucristo, ofrecida cada dia sobre los altares católicos? Pues bien, esto es lo mismo que decir, que su oracion es oida, que ha sido agradable á Dios.

No es esto solo: el Hijo de Dios encarnándose en la Virgen inmaculada, no ha sufrido los oprobios y la muerte para vernos vegetar en el camino de la salvacion; ha querido comunicarnos una vida fuerte y poderosa, y que su espíritu de santidad pasase en nosotros, como él es en sí mismo. La Iglesia, fiel depositaria de todos los tesoros de la redencion, está ahí para perpetuar el misterio de amor y de la munificencia de un Dios.

Todos los dias abre su santuario, y nos convida al banquete de los ángeles, donde el cuerpo y la sangre de Jesucristo deben ser nuestro alimento y nuestra bebida: vosotros no lo ignorais; en determinadas épocas, la ley obliga bajo pena de muerte espiritual. El fiel se presenta y el sacerdote lo acoge en nombre de Aquel, que ha dicho: *Venid á mí todos los agoviados con trabajos*. Pero como juez, y mandatario de Dios hecho hombre, de defensor de los derechos de la sociedad, de guarda de los sagrados tabernáculos, es necesario que el sacerdote abra este corazon, donde un Dios debe descender. Debe examinar sus disposiciones más secretas, para conocer el amor que le ha mantenido fiel, ó el arrepentimiento que ha expiado el crimen. Ved porqué interroga y dice al cristiano: Hijo de Dios y de la Iglesia, ¿has llenado el deber, que te impone esta doble cualidad? ¿No tienes nada que condenarte como jefe de familia, como esposo, como padre, como hijo, como ciudadano? ¿Has sido justo, casto y bueno? Si el cristiano, despues de haber escudriñado los pliegues de su conciencia, puede responder, que, gracias á Dios, nada grave tiene de que reprenderse, ó que ha hecho penitencia de los errores de su vida, el sacerdote, entónces, le da la paz, y queda admitido á vivir de la vida de Dios, participando del misterio inefable, cuya realizacion deberia hacer un cielo de la tierra.

El Egipto fué alabado por haber establecido un tribunal, que juzgaba despues de la muerte del mérito ó demérito del hombre. Más, ¿qué era aquel tribunal, que pronunciaba sobre un cadáver, en presencia del establecido por Jesucristo, al que estais citados en todas las

épocas de vuestra vida, y al que debéis responder hasta de los íntimos secretos de vuestra alma, tomando por prenda de la vida y de la muerte el cuerpo del Dios, que será vuestro juez?

Con todo, la acción del sacerdote católico por el bien social, no está limitada al estrecho círculo de su basilica. Si el universo, después de la creación, fué el único templo de la divinidad, el sacerdote católico, á defecto de monumentos levantados por la mano del hombre, no será por eso ménos ministro de la divinidad. Si su palabra no pudiese resonar sobre la cátedra, se haría oír sobre las plazas públicas, y sobre el techo de vuestras mismas casas; si el sacrificio no se pudiese ofrecer sobre los mármoles de vuestros altares, una piedra cualquiera lo recibiría, y el fiel no quedaría ménos regenerado para la gloria de Dios y el bien de la sociedad, como nuestros padres en la fe aprendieron en las catacumbas á conocer á Dios; y allí, en las catacumbas, recibieron los principios de esta civilización cristiana, de que nos glorificamos y estamos justamente orgullosos.

¿Qué hace, pues, el sacerdote, cuando recorre las calles de vuestras ciudades, ó los senderos de vuestras aldeas? Os recuerda por la modestia de su paso y la severidad de su traje, que es el apóstol del deber.

¿Qué hace cuando os visita en vuestros salones, ó bajo los halagos de vuestras habitaciones campestres? Implorar vuestra caridad en favor del pobre, que está desnudo y sin pan, ó llevar consuelos á un hermano en Jesucristo, que se halla en los brazos del dolor. El deber que cumple os persuade el vuestro.

¿Qué hace á la cabecera del enfermo? ¿qué hace en vuestros hospitales, presidios, cárceles y calabozos al lado de esos hombres, que la ley ha condenado, y á quienes no quedan más que algunos instantes para pasar de este mundo de un día, al mundo de la eternidad?

Sin duda, ministro del Dios de las misericordias, lleva palabras de paz y de esperanza á los que no hallan en la vida sino motivos de aborrecimiento y de desesperación. Sin duda, levanta el velo de un mundo mejor para todos los hijos de Dios, haciéndolo entrever al moribundo como el precio de su resignación y de su penitencia. Más, defensor implacable de los derechos de la sociedad, no será el instrumento de la reconciliación con Dios hasta que el perdón salga de tu corazón ulcerado, hombre vengativo; hasta que hayas devuelto el último óbolo, hombre avaro, y hasta que, por tus enormes crímenes hayas satisfecho la sola reparación posible, pidiendo perdón á Dios y á los hombres.

Dios solo, y el sacerdote católico saben las reconciliaciones y res-

tituciones, que se operan á los primeros resplandores de la eternidad. Sobre ciento de esos hombres, que la cuchilla de la ley separa de la sociedad, noventa, á la voz del sacerdote, mueren confesando su arrepentimiento; y por esta confesión alejan del abismo del crimen, donde han caído, á la multitud que los rodea en este momento terrible y solemne.

2. Tales son nuestros principios y medios de acción; así son enseñados y puestos en práctica todos los días sobre toda la extensión del mundo católico.

Direis, que no son bastantes, que la corrupción hace progresos, que el egoísmo domina, que la avaricia agota la fuente de nuestros beneficios, que el pobre sufre, que al obrero le falta su salario. ¿A quién debe atribuirse tal estado de cosas? ¿A la doctrina y á los que la enseñan?

¿No debe, por el contrario, imputarse á los calumniadores, que hacen oficio de imbuir y predisponer al pueblo contra una Religión hecha por Dios, para labrar la felicidad de todos? ¿A los que inventan y repiten sin cesar los hechos más erróneos, para separar de la influencia católica á los fieles que nos han sido y están confiados? ¿A los que pretenden, que, ante todo, debe el hombre ocuparse exclusivamente de sí mismo, de su bienestar, de sus gozos temporales, porque la tumba es la última palabra de la sociedad humana? ¿A los que paralizan la influencia del sacerdote, desnaturalizando sus actos, envileciendo su carácter y sentimientos; que predicán la profanación del domingo por un trabajo escandaloso, alejando de la frecuentación de los sacramentos, por el desprecio y el desden que prodigan á estas fuentes fecundas de todas las virtudes cristianas y sociales? ¿Qué queréis que hagan en vuestras canterías, en vuestros talleres y tiendas de comercio los jóvenes de ambos sexos, que no tienen para alimentar su fe y costumbres sino los primeros rudimentos de la ciencia religiosa; que cesan de oír los motivos de su creencia, de comparar su conducta á la regla del deber, que les enseña el maestro que la Religión les ha dado; de inflamar su corazón tibio en el fuego del amor de Dios, é inspirarse de los ejemplos de virtud, que la Iglesia proporciona á todas las edades; y que, en cambio, presencian todos los días unirse la blasfemia á la irrisión y burla de las cosas santas, conspirar contra su virtud, harto debilitada ya por la inexperiencia y el ruido de las pasiones, por los escándalos que los rodean, y por la perseverancia en celebrarlos y glorificarlos?

Estado tan lamentable no puede ménos de producir resultados funestos. A una primera caída, sucede inmediatamente otra más gra-

ve, origen, á su vez, de una série de faltas, que los precipitan en el cieno del desórden, hasta que de abismo en abismo sean arrastrados al último abismo, donde no hay remordimientos, donde la virtud no inspira sino lástima, y donde, en fin, se burlan del cielo y del infierno. El despertamiento seguirá al sueño hecho en los brazos impuros de las pasiones; pero ¡terrible despertamiento! ¡La Religion, huida de estas almas, no puede levantarlas por la penitencia, tan dulce cuando la esperanza la acompaña! La fe no refleja ya sus rayos; se ha roto el lazo entre el presente y el porvenir. La desesperacion solo tiene acceso en sus corazones; y como mala consejera, abre la puerta á todos los crímenes, al robo, al asesinato y al parricidio. Arrastra con ella la venganza, que prepara el veneno, afila la espada contra sus corruptores, y el suicidio con que se hacen justicia á sí mismos. ¡Ah! quiera el cielo, que este cuadro triste y sombrío, desarrollado á vuestra vista, sirva para prevenir el exceso de los males, en que el olvido de los principios católicos sumerge las sociedades!... Pero, como nosotros, teneis ojos para ver, oídos para oír, y sino la historia de vuestros tribunales, la crónica de la prensa están ahí, presentando la desconsoladora demostracion de los hechos, que deploramos.

Así, pues, si os interesais en la dicha de vuestras familias, en el respeto de la paternidad, en la fidelidad de vuestras esposas, en la obediencia y amor de vuestros hijos; si quereis, que las bendiciones celestes descendan sobre ellos de generacion en generacion; que el labrador, que cultiva vuestros campos, el obrero, que construye vuestras casas y hace vuestras vestiduras, y que los criados, que proveen á vuestras necesidades domésticas, sean fieles y celosos; si quereis un gobierno justo, que administre con equidad, y haga dichosos á los súbditos que dirige, uníos á nosotros, tributad homenaje á nuestra Religion, que es la de nuestros padres, y el principio de todos los bienes que reconocemos en la civilizacion moderna; secundad por vuestros ejemplos el celo de vuestros pastores. Desmentir con nuestra conducta los sentimientos del corazon, la conviccion del espíritu, es una cobardía, una traicion, un lazo tendido á la sencillez, á la ignorancia; una arma que damos á los enemigos de la fe, y de que se sirven para inocular la incredulidad en los pueblos. Absteneos, pues, cuidadosamente de distinguir entre la ley y la ley, de admitir un precepto y de repudiar el otro, ó de dejar su cumplimiento á los que se hallan bajo condiciones más favorables, ó que creéis llamados á mayor perfeccion, porque en la ley de Dios todo se encadena y se liga, y cada precepto es una piedra angular del edificio, puesto que

Dios, autor de todas las partes que le constituyen, no nos ha dejado la libertad de añadirlo, alterarlo ni modificarlo.

Existen hombres, sin embargo, que provocan y han provocado en los precedentes siglos algunos cambios en la ley de Dios, adoptando una parte y desechando otras. ¿Qué ha resultado de ello? La anarquía en la doctrina, en las inteligencias y en la familia cristiana; tantas sectas como aldeas, tantas religiones y simbolos como individuos; qué decimos, ¡simbolos!... cuando se anatematiza hoy lo que se adoraba ayer, se destruirá y se zará mañana todo, hasta que no quede del Cristianismo ni aun la existencia de su divino Autor. Tal es la consecuencia negativa del principio del libre exámen, el abismo predicho por Bossuet; y tal es la razon porque las elevadas y puras inteligencias de Inglaterra y Alemania se separan por todos los lados de esas tristes ruinas, refugiándose en la barca de Pedro, que hemos visto, durante diez y ocho siglos, combatida por las olas de la impiedad y de la herejía, que, sin cambiar sus velas ni arboladura, sigue su curso al través de las edades, hasta que haya conducido á todos sus hijos al puerto de la eternidad.

CATOLICISMO.

(SU INFLUENCIA EN LA FAMILIA).

III.

Beata gens, cujus est Dominus Deus ejus.

Feliz la nacion, cuyo Dios es el Señor.

(*Sal. xxxii, 12.*)

Hay un bien superior á todos los bienes: ¡la Religion! y este bien se da á conocer por la fe, por la esperanza, por la caridad. ¡La fe! esta fe sublime, que con fuerza sobrehumana trata de rasgar el

velo tras el cual se esconde la *verdad*: ¡la esperanza! esa virtud, que desdeña con valor la tierra para fijar sus miradas en los bienes eternos: ¡la caridad! vínculo de amor y de fraternidad celestial, que enlaza entre sí al linaje humano, y á éste con Dios. Una fe, que revuelve, que levanta al mundo; una esperanza, que fija su porvenir en el cielo; fe y esperanza que no son nada sin la caridad. Hé aquí las tres virtudes, cuya mision divina es hacer al hombre feliz en la tierra, y prepararle una felicidad inmortal en la eternidad.

Es nuestro intento concretarnos hoy á lo que la Religion influye en el seno de la familia, que es la cuna del hombre, así como es tambien su existencia y punto de partida para su destino eterno: pues que el hombre nace necesariamente en la familia y de la familia, vive en la familia y por la familia, y al fin de sus dias, padre ya de familias, la deja para ir á tomar posesion de su sitio en la familia de la eternidad. Y como esta benéfica influencia no puede realizarse sino por el desarrollo de la caridad, y que esta virtud no puede subsistir sin sus hermanas, al tratar de la influencia del Cristianismo en la familia, no hacemos sino poner de manifiesto el desarrollo y eficacia de esas divinas virtudes.

Mucho se discute, mucho se afanan hoy los modernos filósofos, para establecer en bases sólidas el principio constitutivo de la sociedad: este trabajo no solo es impio, sino absurdo, desde el momento en que Jesucristo ha instruido al mundo. No hay, pues, que ir mendigando á locas teorías la felicidad del hombre y de la familia: el principio de todo lo que es bueno y grandioso, de todo lo que es santo y útil, de todo lo que es divino en el universo, es, la *caridad*.

Demostremos, pues, hoy, lo que este principio ha obrado en favor de la familia, y os diremos, por consiguiente, lo que ha hecho nuestro divino Salvador para regenerarla, para constituir la sobre sus verdaderos cimientos; os haremos presentes los títulos que se ha granjeado para nuestro reconocimiento. Interesa sobremanera poner á nuestros ojos ese beneficio, para rebatir las impías blasfemias, que han enseñado y enseñan en nuestra época hombres temerarios y ciegos. Examinemos, pues, la influencia del catolicismo sobre la familia, considerándola en su constitucion y en su desarrollo, despues de haber invocado el patrocinio de María. A. M.

1. Fuera del cristianismo, no existe la familia en su verdadero estado primordial. Ajustemos, en cuanto nos sea dado, el sentido de las palabras.

¿Qué es la sociedad? ¿Es por ventura el encuentro fortuito, ó, si

se quiere, premeditado, de algunos hombres en un mismo terreno, reunidos para llenar sus deberes y satisfacer sus necesidades?—No; es mucho más que esto. La sociedad es la *union*; y la union no puede concebirse sino con un principio viviente que la mantiene y constituye, que vincula á las almas, que las penetra de una misma vida, que les imprime una fraternidad misteriosa, una personalidad moral que da á la palabra—*Patria*—ese encanto indefinible, ese poder mágico, que conmueve nuestras entrañas, y que nos haria marchar con gozo á la muerte, si fuera necesaria la nuestra, para conservar la libre y gloriosa. Pero no puede haber sociedad sino entre las almas.

Ahora bien; ¿quién une á las almas?—¿La fuerza?—Esta puede, en efecto, sujetar, magullar, pulverizar los cuerpos; puede amedrentar á los caracteres pusilánimes, arrastrarlos temblando á sus piés, hacerlos esclavos... hé aquí todo: y aun hay hijos, que han aprendido de sus padres á menospreciar la fuerza, y mantenerse tiesos ante todas las tiranías.

¿Será, pues, la instintiva simpatía, que se despierta á la vista de hermosuras frágiles y débiles, fuerza ciega, que gobierna los sentidos y sofoca frecuentemente al alma; fuerza, que se lleva en pos de sí todos los rubores, todos los dolores, todos los remordimientos? No, mil veces no: el vil egoismo, felicidad miserable, que se disgusta á sí misma, y que se muere en su propia satisfaccion, no puede ser, no, principio vital de la sociedad.

Piénsenlo en hora buena otros, y escribanlo así diariamente: por lo que toca á nosotros, en nombre de la dignidad humana, protestamos: la ley mecánica, que gobierna á un animal, no es la nuestra; almas inmortales somos: protestamos contra una ley que nos embrutece.

No; no hay sino un principio que pueda unir las voluntades, que pueda constituir la sociedad y la familia; porque la familia no es sino la sociedad en sus elementos constitutivos; y este principio es la caridad, dando á esta palabra toda su extension en lo que tiene de grande y de santa. Y, en efecto; ¿en dónde se desenvuelve el corazón del niño, esto es, el hombre?—En la familia. Al modo que la flor tiene necesidad del sol para abrirse, las calidades nobles del corazón, cual inmortales semillas, no brotarán, no se abrirán hácia el cielo, sino bajo la influencia del más puro y santo amor del mundo, del amor de la familia.

Ahora bien, amados hermanos míos; ¿cómo estaba el lazo de familia antes de Jesucristo? ¿En dónde hallais vosotros estos senti-

mientos de amor en las almas de la antigüedad; esos sentimientos, que son tan dulces é imperiosos para nuestros corazones? Cuando se ve el alma angustiada y maltratada por el mundo, cuando os hallais cansados y entristecidos de lo exterior, os volveis atrás, un instinto natural os hace pensar en vuestras familias, y deciros á vosotros mismos: allí, en ella, y solo en ella encuentro mi consuelo; y cual viajero sobrecogido por la tormenta, os regocijais pensando en este apacible albergue, en el cual encontrais remedio á todas vuestras llagas, en el cual enjugan vuestras lágrimas manos amigas, reaniman vuestro ánimo, resucitan vuestro amortiguado valor.

Pero nada semejante pasaba antes de Jesucristo. La madre era esclava, esclava la mujer, y el hijo esclavo: el carácter de padre y esposo desaparecían ante la ferocidad y dominio absoluto del *amo*.

Por otra parte, la poligamia ó simultaneidad de mujeres introducía la envidia, el odio y la perturbacion en el hogar doméstico: el divorcio rompía, por el capricho impune del más fuerte, el nudo que habia formado el amor: los hijos que nacían desgraciados se destinaban al matadero; y hasta el venerable anciano, padre y jefe de numerosas familias, veía abreviado el término de su carrera, desde el momento en que la vejez le hacia inútil para los suyos.

Y no solo en la antigüedad se repetían de ordinario escenas tan dolorosas: en el siglo actual, á pesar de las grandes luces que por do quiera han penetrado desde el foco del catolicismo, se ven fenómenos no ménos tristes entré los países ó idólatras, ó anticristianos.

Jesucristo, Dios y Hombre, se presenta en el seno de la humanidad para renovar todo, para volver su integridad y hermosura primitiva á la estátua divina mutilada y caída por su base. La familia va á reconstituirse en su órden divino, bajo las miradas del Todopoderoso.

¿Os habeis hecho cargo, alguna vez, de las relaciones armoniosas que unen la familia á Dios? El Señor, amados hermanos míos, ha impreso en el hombre el sello de su semejanza, y de tal modo, que lo que es Dios, lo somos también nosotros en nuestro grado y manera relativa; su ley es la nuestra; y aun puedo adelantarme á decir, que, en cierto sentido, no tenemos nosotros otras obligaciones que las suyas, ó sea, las que le impone su infinita santidad.

¿Por qué tenemos que ser santos nosotros? *Quoniam ego, Dominus, sanctus sum*; porque yo, el Señor, soy santo, dice en la Escritura. Llevamos, pues, en nosotros mismos el reflejo, la semejanza de Dios. Ahora bien; la fe nos descubre, que la Familia divina es el tipo, el origen de la familia en la tierra.

Cuando pronunciáis estas palabras: «En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» inclinados, porque la Religión ha puesto en vuestros labios el más augusto misterio. «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Hé aquí todas las personas divinas de la divina Familia. Su única ley es la santidad; su único lazo es el amor; y este lazo es tan indisoluble, que la eternidad misma no hará sino ponerlo más y más de manifiesto. Ved en este prototipo la ley, el modelo de la familia en la tierra; ved lo que nos ha enseñado Jesucristo, lo que ha venido á consumir proclamando la santidad, la unidad indisoluble de la familia.

Lo que el sensualismo gentil, lo que las pasiones humanas celebraban en los himnos licenciosos de los poetas, lo que el hombre no podía concebir sino como sensualismo, Jesucristo viene á elevarlo á la santidad. Esta union, ¡ah! no la profaneis, no; porque la ha bendecido la Religión, la ha consagrado con su mano: la Religión misma trae esas dos almas, que desean unirse, á los piés del altar, y allí consagra sus juramentos; y al salir de su boca la palabra que los empeña recíprocamente, se confiere el sacramento.

¿Os haceis cargo de toda la grandeza de esta palabra? Notad, que nada ménos es, que abrirse el cielo, que descender de él una gracia sobrehumana para unirlos; y la Familia divina deja desprenderse en favor suyo una emanacion de su vida y de su caridad. El mundo se detiene y sonríe gracioso, al ver á estos dos viajeros nuevos entrar, apoyados, uno en el otro, en los escabrosos senderos de la vida; pero la Religión les mira con respeto y solicitud. Id, les dice; los gozos son efímeros y escasos, los senderos tortuosos y ásperos, el peso de la jornada duro de llevar; pero ese sentimiento más fuerte y poderoso que todos los sinsabores, ese sentimiento que os ha de sostener al través de las borrascas y de las flaquezas, si le conservais puro y santo, y si lo renovais con reiterado fervor en su manantial divino, ese sentimiento, no lo dudeis, ha sido puesto por Jesucristo en el corazón del hombre.

Esa caridad, que del cielo baja á la tierra, es el lazo espiritual y sagrado, el augusto simbolo de la libre union de Jesucristo con su Iglesia. Este es un beneficio del catolicismo, un prodigio de la Religión. ¿Por qué, pues, profana el mundo lo que es santo como Dios? ¿por qué se marchita mañana lo que habrá de ser inmortal? ¿por qué lanzáis amargas quejas por engaños de vuestras ilusiones?

¿Por qué! Porque no habeis comprendido, ni la grandeza, ni la santidad del matrimonio. En lugar de cumplirse en las altas regiones de la fe, en la atmósfera sosegada y serena en donde se respiran

perfumes del cielo, vuestra union se cumple en la tierra en unas regiones inferiores, en donde se apaga toda luz pura; porque en lugar de caer la gracia en un corazon sediento de amor eterno, cae en una alma que corre azorada en pos de culpables deleites.

¡Ah! ciertos moralistas echan en cara á la Iglesia el intentar destruir la armonía en la familia: pero ¿cuánto no tuviera ella que decirles, cuando en sus principios apagan en el inmundo fango la divina llama que les ha dado la Iglesia? ¿Cuánto no tuviera que echarles en cara, cuando del velo, que ella ha bendecido al ponerlo sobre la frente de los desposados, han hecho ellos un velo de ignominia?

Acabamos, pues, de ver, que el primer beneficio del Cristianismo, respecto de la familia, fué proclamar la unidad y santidad del matrimonio; y de este beneficio tenia que salir un orden entero de hechos nuevos.

Y, en efecto; á ese lazo, que habia elevado á la altura de sacramento, ha prescrito una indisolubilidad, que le impone un augusto carácter de eternidad. Sabia muy bien el catolicismo, que cuanto toca con las profundidades del alma, pide ser inmortal; que el amor santo, puro, infinito, más fuerte que el tiempo, toma principio en las lágrimas de la tierra, para perfeccionarse en los inmensos gozos de la eternidad.

No se pretenderá, sin duda alguna, que dé yo aquí pruebas de que el divorcio destruye las cosas de la familia: la Iglesia, que lo ha proscrito en nombre del Evangelio, ha luchado con firmeza infatigable contra los numerosos adversarios de la indisolubilidad de la familia: háse interpuesto con la espada espiritual en la mano, entre el poderoso irritado, y la víctima injusta y sacrilegamente abandonada: los Papas, en particular, han luchado en la edad media contra la cólera implacable de los príncipes, en tiempo que las costumbres bárbaras gemian y bramaban bajo el yugo hostil de la moral cristiana.

Cuando Lutero firmaba la célebre y escandalosa consulta del Landgrave de Hesse, en el momento en que contraía Enrique VIII segunda alianza con Ana Bolena, el papa Clemente VII excomulgaba al rey de Inglaterra; y es gloria de la Iglesia católica haber sucumbido en lo temporal, sosteniendo la inviolable unidad de la familia.

Se han oido en estos tiempos algunos hombres, que reclaman la franquicia de una porcion del género humano, que gime, dicen ellos, bajo el yugo de las odiosas preocupaciones de un despotismo legal. Si, para su propia desgracia, llegasen á realizarse las funestas teo-

rias de esos hombres, que no sueltan de la boca el nombre de *libertad*, traerian á la sociedad todos los despotismos imaginables.

Su proyecto no puede conducir sino á esclavizar la esposa cristiana, no solo en sus actos exteriores, sino en su alma, en su conciencia, en sus más sagrados derechos: lo que intentan esos hombres, es que no haya más fe que la que haya decretado el amo, más prácticas ó ejercicios religiosos y morales que los que prescriba el amo, ó lleve á bien tolerar el amo: y, ¿por qué? Horrorizaos, católicos, de la razon que alegan estos mónstruos de perfidia.

Porque no queremos, dicen, que nuestros desórdenes secretos de familia se descubran al ministro de la Religion..... porque tras de los misterios de la Religion se esconden misterios de conspiracion contra nuestros naturales derechos.....; porque.....; pero detengámonos, y no prosigamos en tan infernales pretextos. El odio contra el catolicismo, la licencia escandalosa, brutal, libertina de las pasiones; ésta y no otra es la causa de las calumnias que se prodigan tan descaradamente contra la Iglesia.

¡Ah! con lágrimas de dolor deploramos tamaños extravíos; y nos lamentamos y compadecemos de esas almas bajas, pequeñas, que no pudiendo sino pensar en otros el mal que les corroe, tienen el triste valor de arrojar inmundo lodo al rostro de las madres cristianas, al rostro mismo de sus propias madres. Lo que ellos hacen, es, destruir los lazos de la familia, pidiendo cadenas para la conciencia de las esposas cristianas; y esclavitud por esclavitud, nosotros preferimos la que sujeta al cuerpo y deja libre al alma.

Lo digo con santa y cristiana franqueza, gloria es para nuestra Religion el verse atacada por tales hombres. ¿Qué es, en efecto, la esposa cristiana, tal como la concibe la fe, tal como la ha hecho la Religion? Los incrédulos pervertidos hacen de ella pinturas imaginarias; y oponiendo á esos sueños de la irreligion y de la sensualidad, la realidad religiosa de la vida de la esposa cristiana, voy á manifestar, no ya su alabanza, sino más bien su deber.

Esposa cristiana es aquella que ha comprendido, que el acto más grande en el orden natural es aquel en que, á la faz de Dios y de los hombres, enlaza su destino; aquel en que, arrodillándose al pié del altar pronuncia, extendiendo su mano, los juramentos y promesas severas que emiten en su nombre los ángeles en el cielo. La Religion le dice, que las alegrías locas duran poco, que los sentimientos que no están acrisolados por lo divino, se marchitan pronto, más pronto que las flores de esa corona que se pone en su frente el día de su desposorio, y que, ¡ah! esconde numerosas espinas.